

El acompañamiento
personal, espiritual y pastoral
Concreción de nuestra tarea evangelizadora y misionera



Programación diocesana de Pastoral
Curso 2017-2018



Diócesis
ciudad real

Edita: Diócesis de Ciudad Real
C/ Caballeros, 5 13001 Ciudad Real
Correo electrónico: comunicacion@diocesisciudadreal.es
Diseño y Maquetación: Delegación Diocesana de Comunicación.
Imprime: Artes Gráficas Garrido.

Programación Pastoral 2017-2018
Depósito Legal: CR 935-2017

© Todos los derechos reservados

El acompañamiento personal, espiritual y pastoral

*Concreción de nuestra tarea
evangelizadora y misionera*

Programación diocesana de pastoral
Curso 2017-2018

Diócesis Ciudad Real



Portada: Arcabas, *Los peregrinos de Emaús*, políptico, Iglesia de la Resurrección, Torre de Roveri (Bérgamo), 1983.

Introducción: El acompañamiento

Antes de presentar la Programación Diocesana de Pastoral, quisiera describir el concepto de **acompañamiento**, que da título a la misma, con la intención de que sea el tema y método que englobe todas las líneas pastorales que después se concretarán. Este concepto suele ir acompañado de calificativos como pastoral, espiritual, personal, siendo todos de interés para esta programación.

El acompañamiento pastoral es un concepto de reciente aparición en el Magisterio de la Iglesia Católica: aparece en el documento de Aparecida de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en el año 2007, más de 35 veces; ello revela la importancia de esta nueva categoría y el gran relieve que el papa Francisco ha dado en sus discursos y homilías a esta realidad del acompañamiento, especialmente en la Exhortaciones *Evangelii gaudium* y *Amoris laetitia*.

¿Qué es el acompañamiento en general?¹

El acompañamiento podemos definirlo como «el proceso que promueve el desarrollo integral de la persona, con el fin de adherirse a una misión compartida, que promueva el compromiso solidario con la causa de Jesús en la Construcción del Reino».

¹ Cf. *El acompañamiento personal. Plan de formación*. Jesuitas. Provincia de Loyola, págs. 11-12.

Se trata de un:

1. **Proceso** que parte de la realidad concreta de la persona en cada momento de su vida y debe establecer unos pasos que se orientan hacia el desarrollo de la plenitud humana, que incluye la consideración de su apertura a Dios.

2. **Desarrollo integral** de la persona en todas sus dimensiones de madurez humana, solidaria y trascendente.

3. **Compromiso**: un proceso de desarrollo que lleva a la misión compartida y solidaria, recibida de Cristo y cuya finalidad es colaborar con Él en la construcción del Reino.

¿Qué no es acompañar?

a. Acompañar, **no es dirigir**. No se trata de restaurar el antiguo concepto de la dirección espiritual, camuflándola bajo epígrafes más modestos o más cercanos, de carácter menos impositivo. Tampoco se trata de imponer la mayor experiencia o mayor ciencia, que se supone se debe tenerse para poder acompañar.

b. Acompañar **no es aconsejar**, basándose en la propia experiencia o la ciencia que uno puede tener, sin tener en cuenta a la persona que se tiene delante, que siempre es única, compleja, diferente e irrepetibles. No se trata de acompañar desde nues-

tra experiencia sino desde la experiencia del otro. Se trata de ayudar a descubrir quién es y quién quiere ser, lo que hace, sus compromisos, la presencia de Dios en su vida, y su relación con él.

El acompañamiento personal

Vamos a seguir como modelo de acompañamiento el que hace Jesús a los discípulos de Emaús en Lc 24, 13-35.

1. Jesús se puso a caminar con ellos y les preguntó ¿Qué os pasa que estáis tristes?

Este es el punto de partida, claro y esencial del acompañamiento personal: conocer el camino que lleva la otra persona, por dónde va, hacia dónde se dirige, por qué quiere caminar en esa dirección. En segundo lugar, acercarme a ese camino que la persona lleva, que quizás es muy distinto del que yo llevo. Sin ambos requisitos no se puede hablar de “caminar acompañando”.

2. «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

Tanto para conocer el camino que lleva la otra persona, como para acercarme a dicho camino del otro, es necesaria una actitud clara de **escucha**. Jesús escucha primero. Ello nos permitirá conocer la verdad y el camino del otro y solo desde ahí es posible el acompañamiento.

Por escucha, entendemos «el arte de acoger al otro y comprenderlo, descodificando adecuadamente su intención comunicativa»². Para esto se hacen necesarias el desarrollo de tres destrezas importantes y significativas:

Acoger. Lo que la persona que se comunica espera del que escucha no es solo que sea capaz de repetir sus palabras, sino la presencia socio-emocional de la persona, que es lo que le hace sentirse acompañado realmente, es la presencia no verbal. Se trata de una escucha afectuosa por parte del acompañante, muy alejada de la sonrisa protocolaria. Supone un verdadero interés hacia la acogida no fingida, ni exclusivamente protocolario, sino auténtico y real, que le transmita un sentido de su propia valía, que se haga decir a sí mismo el que comunica: “debo ser alguien importante cuando merezco que esta persona invierta parte de su tiempo en escucharme”.

Comprender. Porque este es el objetivo fundamental de la escucha: la comprensión de la persona en todo su contexto vital y experiencial. Una escucha así debe llevar a la empatía o comprensión sensitiva del mundo de la otra persona. La escucha empática, no tiene que estar basada en la curiosidad, sino que es más un acercamiento a la propia persona que nos capacite para entender la realidad en sus propios términos. **Percibir la intencionalidad de la persona:** el acompaña-

² *El acompañamiento personal. Plan de formación.* Jesuitas. Provincia de Loyola, p. 18.

miento debe llevar a descodificar la intencionalidad comunicativa, es decir, a entender no solo lo que de hecho la persona comunica, sino lo que quiere o pretende comunicar, descendiendo a entender aquellas vivencias implícitas, de las que en muchas ocasiones la misma persona no es muy consciente.

Hasta aquí podríamos decir que es la primera parte del acompañamiento, pero hemos de preguntarnos: ¿Es suficiente para lograr esa escucha empática lo que hemos dicho hasta ahora?

3. *«Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras».*

De nuevo volvemos al encuentro de Jesús y los discípulos de Emaús, que prosigue. Escuchar y comprender la realidad de la persona acompañada, sus percepciones, sus motivaciones etc., es, ciertamente, una condición necesaria para el acompañamiento personal, pero no es suficiente. **Jesús les enseña** a interpretar las Escrituras que hablaban de Él. El acompañamiento personal no puede abdicar de su función de orientación y guía por parte de la persona que acompaña. Para lograr esta orientación, este ser guía, necesitamos apoyarnos en la escucha empática, pero debemos ir más allá, percibiendo los recursos y debilidades existentes en las personas y adaptando nuestra orientación o guía a esa misma percepción.

Aspectos y presupuestos básicos a tener en cuenta y poner en práctica en todo tipo de acompañamiento

Aunque, lógicamente, no pretendo hacer un estudio exhaustivo y completo sobre el acompañamiento, porque la introducción de la programación diocesana considero que no es el lugar apropiado, sí quiero, sin embargo, resaltar algunos aspectos y presupuestos básicos, que son los que fundamentan cualquier tipo de acompañamiento, sea personal, espiritual o pastoral; que nos pueden servir de ayuda a la hora en nuestro quehacer pastoral de acompañar a los creyentes en las distintas situaciones que pueden vivir.

Entre estos presupuestos están los siguientes:

I. La búsqueda de sentido: En todo tipo de acompañamiento está presente la búsqueda de sentido: sentido de la vida, sentido de la vocación, sentido de un estilo de vida determinado. En esta búsqueda de sentido están presentes los grandes interrogantes existenciales: ¿Quién soy yo? ¿Quiénes son los demás? ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Qué sentido tiene mi vocación? ¿Qué sentido tiene mi trabajo, mi dedicación, mi compartir la vida con...? Se trata de encontrar la coherencia entre las acciones y la persona, entre lo que hago y vivo y las convicciones personales que tengo; entre las acciones de la persona y la concepción unificadora de la vida, de la vocación y de estilo pastoral que creo debo llevar adelante.

La ausencia de esta coherencia, la carencia de esta concepción unificadora de la vida, de la vocación o de la misión, se traduce generalmente en un vacío existencial, pérdida del sentido vocacional y vacío pastoral.

Ante esta situación se siente, con más fuerza que en ninguna otra situación, la necesidad de acompañamiento, de guía, como ayuda a la persona acompañada a encontrar el camino que le lleve a la síntesis y la coherencia entre las acciones personales y espirituales, las respuestas vocacionales y pastorales con la concepción unificadora de la vida, de la vocación y de la tarea pastoral.

II. El discernimiento y su relación con la propia identidad. Podemos decir que el ser humano es un ser en continuo discernimiento, su vida es una continua elección. Estas elecciones de cada momento ayudan a ir formando nuestra propia identidad.

Nuestras conductas nos configuran y las decisiones que tomamos a lo largo de la vida, determinan el tipo de ser humano que somos. Un adecuado discernimiento es absolutamente necesario para distinguir en lo que decidimos, entre lo bueno y lo menos bueno, entre lo mejor y lo óptimo.

Para tomar determinadas decisiones se hace necesario ese discernimiento y para lograrlo, necesitamos del acompañamiento de alguien que nos

ayude a discernir y decidir por dónde queremos caminar.

El acompañamiento pastoral

Expresándolo de manera sencilla, podemos decir que se trata de “un caminar con...”. Es el caminar de dos personas: una que ofrece su servicio de guía, de apoyo; y otra que solicita o necesita de compañía en un momento determinado.

La Iglesia tiene que preparar y formar a sus miembros en el acompañamiento. Todo cristiano evangelizador ha de capacitarse para acompañar. El papa Francisco, en la exhortación *Evangelii gaudium*, del número 169 al 173, expresa claramente que la Iglesia necesita detenerse a mirar con la mirada de Cristo, acompañar al otro cuantas veces sean necesarias, para hacer presente la fragancia de la presencia de Jesús y su mirada personal. Por eso debe iniciar a todos los evangelizadores, y especialmente a los sacerdotes, en el arte del acompañamiento: «La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos- en este arte del acompañamiento para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5)» (EG 169).

Este acompañamiento debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad. Cuando se prescinde de Dios para ser libres, quienes prescinden de Él, en vez de en peregrinos, se convierten en errantes que giran en torno a sí

mismos sin llegar a ninguna parte. El acompañamiento es contraproducente si se convierte en este encierro de las personas en su propia inmanencia, y deja de ser peregrinación con Cristo hacia el Padre (cf. EG 170).

Necesitamos hoy hombres y mujeres que conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad del Espíritu, para cuidar entre todas a las ovejas que se nos confían. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar que es más que oír. La escucha nos hace encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desístala de la cómoda condición de espectadores (cf. EG 171).

El acompañante debe reconocer que la situación de cada sujeto ante Dios y su vida en gracia es un misterio que nadie puede conocer desde afuera. Un buen acompañamiento no permite los fatalismos ni la pusilanimidad. Siempre invita a querer curarse, a cargar la camilla, a abrazar la cruz, a dejarlo todo, a salir de nuevo a anunciar el evangelio (cf. EG 172).

El auténtico acompañamiento espiritual siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora. Los discípulos misioneros acompañan a otros discípulos misioneros (cf. EG 173).

¿A quién acompañar?

A todos, sin duda. Pero, pensando en la Diócesis y la pastoral que después presentaremos, los prioritarios podrían ser:

A. Acompañamiento de unos **sacerdotes** a otros, para ayudarnos. Necesitamos guía y apoyo para no sentirnos solos a la hora de tomar una determinada decisión u opción; para lograr un progreso positivo en nuestra vida espiritual; para lograr responder mejor a las exigencias de nuestra vocación y misión, etc.

B. Acompañamiento a los **jóvenes**, particularmente necesario, para ayudarles a madurar como personas, a plantearse la vocación cristiana con seriedad y exigencia, a hallar el verdadero sentido de su vida, a encontrarse con Jesucristo, a hacerse un planteamiento vocacional, desde sus cualidades y desde lo que Dios les puede estar pidiendo; a plantearse si su vocación es la vida religiosa o sacerdotal o es el matrimonio, y responder positivamente a aquella que Dios les pida realmente.

C. De este acompañamiento necesitan también las **parejas de novios**, para ayudarles a plantearse seriamente el noviazgo como un periodo de su vida en el que conocer lo que les une y lo que les separa, las coincidencias y divergencias en manera de ser y de pensar para poder embarcarse en la vivencia de una vida juntos; las aspiraciones e ideales que tienen ambos y ver cómo compaginarlos; el proyecto de pareja, de familia, de padres, etc.

D. Acompañamiento necesitan los **matrimonios**, para vivir la vocación a la que les ha llamado Dios, para lograr encajar en su vida en común tantos aspectos de cada uno, para ayudarse a crecer y madurar en la convivencia y ser felices juntos y con el resto de la **familia**.

E. De una forma especial necesitan de este acompañamiento las **parejas en dificultades, las parejas en crisis y las que viven en situaciones irregulares**. Dicho acompañamiento consistirá en caminar junto a esas parejas ayudándoles a encontrar salida a sus situaciones. Como dice el papa Francisco en la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, ayudándoles a conocer y discernir su propia situación, acogéndoles en la situación por la que están pasando, acompañándoles en todo el proceso por el que transcurre su vida y ayudándoles a integrarse en la Iglesia en la medida y hasta donde lo permita la situación en la que están viviendo.

F. Muy especial es la necesidad que de este acompañamiento pastoral tenemos todos en los **momentos y situaciones de dolor**: los enfermos en fase terminal y sus familias, los ancianos y las personas con discapacidades diferentes, cuando la muerte irrumpe en la familia y todos sus miembros sufren la pérdida del ser querido; las situaciones de ruptura matrimonial que deja heridos a la pareja y a los hijos, etc. Decía el papa Benedicto XVI: «si cada hombre es hermano nuestro, con mayor razón el débil, el que sufre y el necesitado de cuidados deben estar en el centro de nuestra atención, para que ninguno de ellos se sienta olvidado o margina-

do». Esto es lo que hizo Jesús en su vida recorriendo distintos lugares anunciando la Buena Nueva y curando a los enfermos, dando un trato amoroso y acogedor a los niños, viudas, enfermos, pecadores y a quien estaban más marginados en la sociedad. Nosotros continuamos su misión, siendo sus manos, sus pies, su boca y su corazón, irradiando su presencia y reflejando su rostro ante las personas a quienes servimos, y debemos acompañar como Él lo hizo a los que acudían a él en busca de ayuda.

Acompañamiento a personas en situaciones difíciles, complejas o dolorosas

Aunque la necesidad de acompañamiento pastoral es clara en todas estas situaciones y en otras muchas que podríamos citar; a veces la persona necesitada de este servicio de acompañamiento lo rechaza, argumentando que ese es “su problema personal”, especialmente cuando se trata de problemas en matrimonios y parejas, o en crisis de identidad personal y vocacional. En no pocos casos de estos, el sujeto necesitado de acompañamiento se cierra en el mutismo, en la soledad.

No es solo un problema personal. La ruptura del vínculo, el disgusto, la ofensa al otro, etc., los problemas, personales, vocacionales y especialmente conyugales en general, afectan a más de una persona: a ambos contrayentes, los hijos, a los parientes, a los amigos, que sufren y se preocupan por una tal situación de conflicto.

En todas estas situaciones se hace necesaria una mediación en la que se integren la oferta y la acogida.

da, la escucha y la comprensión, la disponibilidad del acompañante y la del acompañado. El acompañamiento conlleva un proceso de diálogo, un proceso que exige tiempo y paciencia, un caminar lento pero continuo. El acompañamiento pastoral de las parejas pide una gran comprensión del conflicto, conocimiento del temperamento y carácter de las personas implicadas en el problema, mucha delicadeza en el trato con ellas, saber abrir un compás de espera paciente, que dé tiempo a las reacciones favorables, y una gran dosis de benignidad, para no recurrir al autoritarismo, o a la aceleración del proceso, o a la renuncia a caminar.

Este acompañamiento a cuantos pasan por momento y situaciones de dolor, dificultad, crisis,...; pide hoy proporcionar a los **agentes de pastoral** un acompañamiento especial que les capacite y fortalezca sus capacidades en atención a las personas enfermas o que sufren de la manera que sea. Hemos de ser los *buenos samaritanos* de cuantos sufren, y acompañarles con una vivencia auténtica. Debemos conmovernos ante el dolor humano con corazón abierto y misericordioso y que dicha conmoción, nos mueva a acompañar a quien sufre a nuestro lado.

Hay dos palabras que designarían lo fundamental de la actitud de la Iglesia para este acompañamiento referido a personas y parejas que pasan por estas situaciones difíciles, complejas y dolorosas: **la misericordia y la compasión**. La Iglesia difícilmente podrá acompañar a personas en dificultad, si no

utilizamos el sentido común, si ante esas personas que están viviendo en esa situación no se nos conmueven las entrañas, difícilmente podremos acompañarlas. Se trata de trabajar en y por una Iglesia, como decía Juan XXIII, que es Madre y Maestra, pero sin olvidar que también es hija y discípula. Se trata de trabajar en y por una iglesia toda ella en aprendizaje, en discernimiento y también una Iglesia que enseña, que busca trabajar por un mundo más humano, más justo y más cristiano.

Como Iglesia debemos impulsar y renovar las acciones para estar cercanos y ser significativos a quienes siempre han creído en Dios; a los que creen en Dios pero no en la religión; a los que han rechazado a Dios; a los que están regresando a Él, a quienes están explorando; a quienes están confundidos. Necesitamos concienciarnos de la importancia de la atención a la diversidad. El papa Francisco en la Exhortación *Amoris laetitia*, habla repetidamente de tres verbos: discernir, acompañar e integrar. Volvemos a hacernos la pregunta: ¿Qué podemos hacer como Iglesia para unirnos a cuantos pasan por estas situaciones irregulares y difíciles? La respuesta no puede ser otra que la del papa Francisco: tenemos que discernir las distintas situaciones que se dan en cada uno, en cada pareja y ayudar a que los mismos integrantes de la pareja sepan hacer el discernimiento de su propia situación, para que ellos mismos entiendan cuál es el grado de participación y hasta dónde pueden integrarse en la Iglesia. Para ello, hemos de acompañarles en dicho discernimiento, enseñarles a hacerlo, a la vez que

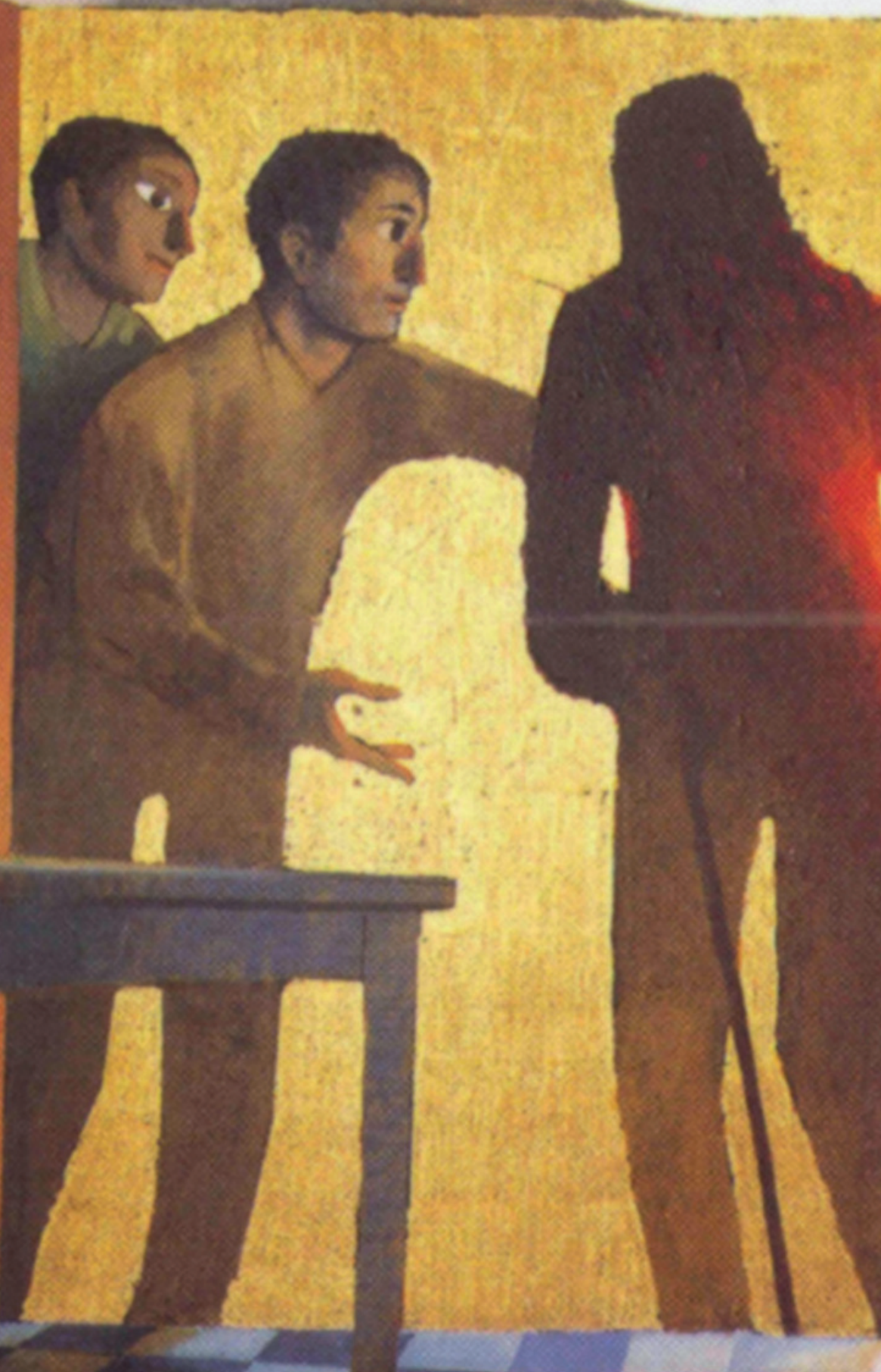
les ayudamos a que descubran el grado de participación y de inserción en la Iglesia, que debido a su irregularidad no puede ser una participación plena, pero sí de inserción hasta donde su situación se lo permita.

Hablar de situaciones difíciles e irregulares hoy en día, significa hablar de desafíos a la pastoral de la Iglesia, de una Iglesia consciente, como decían ya hace veinte años los Obispos del Rin, de que «el Derecho Canónico puede constituir solo una norma general válida, pero no puede reglamentar todos los casos individuales, a veces muy complejos, por este motivo se aclarará en el coloquio pastoral, si lo que vale en general, resulta verdadero también en la situación concreta».

La Exhortación *Amoris laetitia* habla del acompañamiento por parte de los pastores a aquellos que pasan por situaciones difíciles e irregulares: los pastores por amor a la verdad están obligados a discernir bien las situaciones. En efecto hay diferencia entre los que sinceramente se esforzaron por salvar el primer matrimonio y han sido abandonados del todo injustamente, y los que por culpa grave han destruido un matrimonio canónicamente válido. Finalmente están los que han contraído una segunda unión en vista a la educación de sus hijos y, a veces, están subjetivamente seguros en conciencia de que el precedente matrimonio, irreparablemente destruido, no había sido nunca válido. La reconciliación en el sacramento de la penitencia, que les abría el camino al sacramento eucarístico,

puede darse, únicamente, a los que arrepentidos de haber violado el signo de la alianza y de la fidelidad a Cristo, están sinceramente dispuestos a una forma de vida que no contradiga la indisolubilidad del matrimonio. Esto lleva consigo, concretamente, que cuando el hombre y la mujer, por motivos serios –como por ejemplo la educación de los hijos– no pueden cumplir la obligación de la separación, asumen el compromiso de vivir en plena continencia, o sea de abstenerse de los actos propios de los esposos.

Ya san Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, era muy consciente de que en nuestras comunidades aumentan las familias de separados y divorciados (casados de nuevo o no), las familias monoparentales, las uniones de hecho, etc. Más allá de cualquier prejuicio, sostiene que todas las familias son “preciosas”. Todas ellas son familias que necesitan sentir cercanía de Dios y acompañamiento de las comunidades de fe a las que pertenecen. Todas piden respeto, comprensión y acogida evangélica. Todas las familias que jurídicamente define “irregulares” necesitan atención pastoral, siendo conscientes que irregulares son las situaciones, no las personas.



Preámbulo

Este curso pastoral, como Diócesis y con la mirada puesta en los arciprestazgos y las parroquias, nos planteamos una programación que ponga el acento en el acompañamiento descrito en la presentación anterior. Ese acompañamiento ha de tener unos colectivos prioritarios a los que atender de manera urgente, pero con vistas a llevar un mensaje que diga algo a todos los hombres y mujeres de hoy.

En la programación del curso pasado nos trazábamos un objetivo transversal de toda nuestra acción evangelizadora para todos los campos de la misma: **tratar de lograr que toda nuestra pastoral fuese una evangelización eminentemente misionera, que saliera a buscar y ofrecer el mensaje salvador de Cristo** a todos aquellos que son indiferentes a la fe en Él y su mensaje; a los que creyeron en otro tiempo y hoy no creen porque se han dejado envolver por el materialismo reinante y su única preocupación es como tener más y pasarlo mejor; a tantos que viven como si Dios no existiera; y a seguir apoyando, animado a vivir el estilo de vida verdadero a tantos cristianos acomodados e, incluso, a aquellos que tratan de vivir de acuerdo con la exigencia auténtica de la fe.

Creo que hemos de seguir dando pasos hacia adelante para que tal propuesta y objetivo transversal sea cada vez más realidad en nuestra vida pastoral. Por eso, se hace necesario que **toda la Diócesis lleve a cabo una revisión**, a todos los niveles (arciprestazgos, consejos pastorales, etc.), de cómo estamos evangelizando en nuestra acción pastoral

parroquial, arciprestal y diocesana: ¿nuestra acción evangelizadora está siendo realmente misionera o tendremos que cambiar de dirección? ¿Tenemos claros cuáles son los objetivos y las acciones que debemos priorizar? ¿Hemos de sustituir algunos? ¿Estamos manteniendo formas y estructuras que hemos tenido siempre pero que no sirven para la misión que se nos ha confiado de hacer discípulos y seguidores de Jesús?

Este estilo evangelizador-misionero, que deben tener todas nuestras acciones pastorales, queremos conseguirlo, concretarlo y hacerlo visible por medio de y desde el **acompañamiento personal y pastoral**.

Junto a este acento transversal de la acción evangelizadora con tinte misionero, nos trazábamos dos campos prioritarios a acompañar de manera especial y urgente en nuestra Diócesis:

1. La evangelización de la familia en todas sus etapas y momentos por los que pasa y que la constituyen como tal: (noviazgo, matrimonios, padres, parejas con problemas, en dificultades y en situaciones irregulares, abuelos, etc.).

2. La promoción y animación de las vocaciones sacerdotales y religiosas, animando a los padres y a los niños a ir a estudiar al Seminario Menor, y haciendo la propuesta vocacional abierta a los jóvenes que encontramos en nuestras parroquias con posibilidad de optar por la vocación sacerdotal o religiosa.

Una vez acabado este curso, unos hemos avanzado más y otros menos; a unos se nos ha dado mejor un determinado aspecto o colectivo y a otros, otro; pero de lo que estamos seguros es de que con los pasos dados ni la familia está ya evangelizada, ni la promoción vocacional hecha.

Por eso, en los cursos siguientes hemos de seguir en ese empeño de evangelizar la familia en todas las etapas y momentos que la componen y por los que pasa: acompañamiento de los que están en periodo de noviazgo, de los matrimonios en los primeros años de casados, con los grupos de matrimonios parroquiales; de los padres que quieren bautizar a sus hijos, por medio de las catequesis prebautismales; de los padres, por medio de la formación.

Igualmente, hemos de seguir poniendo un esfuerzo especial en la promoción y animación de las posibles vocaciones sacerdotales, tanto en la animación de los padres a que envíen a sus hijos al Seminario Menor, como el acompañamiento vocacional a jóvenes maduros de nuestras parroquias (incluidos los que pertenecen a Hermandades y Cofradías), a quienes ayudemos a hacerse un planteamiento y un discernimiento vocacional serio, para que vean si el camino del sacerdocio no puede ser para ellos el camino por el que Dios les está llamando. Hemos de seguir acompañando y animando a estos jóvenes en su discernimiento y en valiente decisión por este camino.

Además de estos dos campos específicos de acompañamiento, debemos atender otros sectores:

3. Desde la experiencia de este curso, en el que he tenido personalmente mucho trato con los **sacerdotes**, creo que su acompañamiento es también algo muy necesario y urgente en nuestra Diócesis.

Todos los sacerdotes necesitan de un acompañamiento, personal, espiritual y pastoral por parte del Obispo, como padre y pastor; por parte del Delegado Episcopal del Clero, y por parte de otros compañeros que nos ayuden a lograr la coherencia de vida entre los que pensamos y lo que hacemos; entre lo que hacemos y lo que deberíamos hacer; entre lo que el Señor nos está pidiendo y lo que nosotros estamos respondiendo.

Necesitamos que alguno de nuestros compañeros nos acompañe en nuestra vida espiritual, para avanzar, y no estancarnos o retroceder, convencidos de que sin una vida espiritual profunda perdemos el sentido de nuestro sacerdocio y de nuestra tarea evangelizadora.

Necesitamos, también, el estímulo, el apoyo, y el acompañamiento de los compañeros del arciprestazgo para hacer más misionera nuestra acción evangelizadora, para perder el miedo a lo nuevo, para ser creativos en nuestra acción pastoral parroquial, que no puede seguir siendo la misma de siempre como si el mundo no hubiera cambiado, cuando lo ha hecho radicalmente.

Necesitamos la amistad, el apoyo y el acompañamiento de nuestros compañeros para madurar nuestra afectividad personal y crecer en la superación de las crisis de este tipo que puedan surgirnos. Necesitamos de la amistad y preocupación de los compañeros, para no sentirnos solos o aislarnos, especialmente cuando tenemos problemas personales, sino que encontremos ayuda y guía en el acompañante espiritual, en ese compañero más cercano, en ese grupo de sacerdotes que cada semana se reúne para compartir mesa y amistad, etc.

4. Otro tipo de acompañamiento, que todos sentimos como urgente, es el de **nuestros jóvenes** desde una **pastoral juvenil parroquial**, que todavía falta en muchas parroquias de nuestra Diócesis.

Ante el próximo Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, síntoma de la **preocupación por la evangelización** y acompañamiento a estos para la Iglesia y para el Papa, sería bueno que nuestra Diócesis iniciara, ya desde este curso, el tema del acompañamiento de los jóvenes desde una pastoral juvenil parroquial, ayudados y animados por la Delegación de Pastoral con jóvenes, que sirva como preparación para acoger y poner en práctica las indicaciones que nos ofrecerá el Papa al final del Sínodo.





Objetivo general

Teniendo en cuenta todos estos preámbulos, en el presente curso nos proponemos como objetivos y acciones pastorales a desarrollar en nuestra acción evangelizadora los siguientes:

OBJETIVO GENERAL

Seguir dando nuevos pasos en el logro de nuestra **acción evangelizadora marcadamente misionera**, acompañando a los de dentro, a cuantos están cerca de la Iglesia, para que avancen en la vivencia cada día más auténtica de su fe y sean testigos de Cristo en el interior de ella; y acompañando a los de fuera, a los alejados, a los indiferentes, a los increyentes, a los que viven en una situación de cristianismo cómodo y acomodado, saliendo a su encuentro y ofertándoles la posibilidad y la oportunidad de integrarse en la medida de sus posibilidades en la vida de la Iglesia, para que surja en ellos el interés por la persona de Jesús, el encuentro con Él y el estilo de vida que nos propone para ser verdaderos discípulos misioneros.

Medios

Tratando de hacer realidad cada día, más y mejor, este objetivo:

- a. Revisaremos la tarea pastoral y evangelizadora de las parroquias y de toda la Diócesis en el Consejo Presbiteral y en el Consejo Diocesano de Pastoral, en las sesiones que sean necesarias.

b. Clarificaremos nuestra misión como evangelizadores: la de hacer “discípulos misioneros”, es decir, personas que vivan el mensaje de Jesús y se lo comuniquen también a los demás.

c. A la luz de esta finalidad de toda evangelización, examinaremos cada una de las acciones que realizamos en nuestra pastoral para ver si, realmente con ellas, estamos despertando “discípulos misioneros” o estamos manteniendo una serie de acciones y estructuras que dan como resultado una religiosidad de mantenimiento que alimenta un folclore religioso y una religiosidad popular que tiene poco de compromiso cristiano y mucho de turismo religioso.

d. Hemos de ver cuáles son las carencias pastorales más importantes que descubrimos en la pastoral diocesana, arciprestal y parroquial, cuáles son los sectores más necesitados de evangelización.

e. Nos preguntaremos, todos los agentes de evangelización, **qué tipo de conversión personal** nos está pidiendo esta realidad, y qué tipo de conversión pastoral nos reclama desde las comunidades parroquiales, los arciprestazgos y las estructuras diocesanas.

f. Deseando que nuestro estudio y revisión produzca los frutos concretos de actuación pastoral, concretaremos los pasos que debemos dar para lograr lo que nos pide la misión que tenemos y

la realidad de nuestra pastoral. Para ello señalaremos y subrayaremos algunas pistas, caminos concretos a recorrer, a todos los niveles.



Objetivos sectoriales

Como ya he indicado antes, los objetivos del curso pasado siguen siendo urgentes, por lo que la línea de acompañamiento tiene que empezar este curso por los mismos sectores en los que intensificábamos la labor pastoral entonces: la pastoral familiar y la vocacional. Además, se ve necesario también, como ya he descrito, un acompañamiento pastoral a los jóvenes desde las parroquias y a todos los sacerdotes.

1. La evangelización de la familia

El tema del acompañamiento pastoral y la evangelización misionera de la familia estuvo muy presente en nuestra acción evangelizadora durante todo el curso pasado.

En algunas parroquias se programaron y llevaron a cabo distintas acciones encaminadas a lograr dichos objetivos: charlas de formación sobre la realidad y las necesidades de la familia actual; distintas Escuelas de Padres; creación de Grupos de Matrimonio Parroquiales; catequesis en las casas y de forma individualizada a los padres que pedían el bautismo para sus hijos, con una buena impresión de la acogida y del resultado de las mismas; y un largo etcétera.

A pesar de estos pasos dados, todos somos conscientes de que la familia necesita seguir siendo acompañada pastoralmente y tratando de hacer de ella una verdadera realidad evangelizada y evan-

gelizadora. Además, pensamos que la familia tiene una importancia tan grande a la hora de lograr “discípulos misioneros”, que debemos seguir poniendo un verdadero esfuerzo en los cursos venideros para poder avanzar en nuestro objetivo de evangelizar la familia., pero siendo aún más incisivos y ambiciosos e intentando dar cobertura pastoral a su acompañamiento en todos los momentos y etapas por las que pasa la familia y a través de los cuales se constituye como tal.

Por tanto, en este curso 2017-2018, seguiremos centrando nuestro acento y esfuerzo pastoral, pero siendo aún más incisivos y ambiciosos, en ofrecer un **verdadero y completo acompañamiento a la familia en todas y cada una de las etapas por las que pasa y a través de las cuales se constituye como tal.**

Momentos y etapas en las que acompañar a la familia en orden a su evangelización

a. Parejas de amigos-novios

Esta etapa, tal vez, porque es la más difícil de acompañar, es también la que menos hemos acompañado y trabajado en nuestra pastoral familiar en toda la Diócesis.

La etapa del noviazgo es un momento especialmente misionero. No tenemos que cansarnos de buscar parejas que quieran aprovechar este mag-

nífico tiempo del noviazgo y ofertarles este acompañamiento para preparar su futuro y su proyecto de vida en común. El noviazgo es un periodo importantísimo para todo futuro matrimonio y familia; una etapa de su vida que los novios no deberían desperdiciar, pues les ayudará a preparar con acierto su futuro.

Sabemos que dicha tarea no es fácil sino todo lo contrario; por eso, como pastores y responsables de la pastoral, hemos de planificar lo que queremos y debemos ofrecer para acompañar a los novios y ofertar sin cansarnos cuanto hemos planificado, para que estos aprovechen este tiempo de noviazgo y se preparen para comprometerse consciente y responsablemente en el sacramento del matrimonio; para que puedan tener clara la línea de educación que van a seguir con los hijos; para que ambos tengan claro el camino para cultivar la fe como matrimonio y como familia, cuando esta aumente con los hijos.

Para ello, y teniendo en cuenta que es una novedad en la pastoral de nuestras parroquias, hemos de salir a buscarles una y otra vez y no esperar a que vengan. Si queremos comenzar a acompañar a un grupo de cuatro o cinco parejas de amigos-novios, es decir, de jóvenes que empiezan a salir juntos, no nos queda más remedio que poner toda la carne en el asador en la oferta y en la búsqueda de cada una de las parejas, haciéndoles nosotros mismos la propuesta concreta de lo que hemos planificado, y animándoles a que empiecen y vean lo bien

que se van a sentir y lo mucho que les va a ayudar en su maduración como pareja.

Tenemos un campo muy extenso que cubrir y una necesidad muy grande a la que responder. Si les ofrecemos unos medios y logramos que participen en ellos, estaremos consiguiendo que tengan un planteamiento serio, válido y profundo de su futuro; pero si no lo ofertamos, o no ponemos todo el esfuerzo necesario para lograr dicha participación, ellos solos no lograrán nunca dicho planteamiento serio y completo de su noviazgo.

a.1. Medios

Al servicio de este acompañamiento a amigos–novios debemos de preocuparnos de crear en nuestros arciprestazgos y parroquias una escuela de acompañamiento para ellos. Debe incluir los siguientes medios concretos:

a.1.1. Grupos de amigos–novios

Estos grupos de amigos–novios deben estar formados por no más de seis parejas en cada grupo. En ellos, las parejas encontrarán apoyo y acompañamiento para plantearse su noviazgo como un tiempo especialmente importante para conocerse y descubrir si van a ser capaces de compartir su vida para siempre con la persona con la que están saliendo y formando pareja. Nuestra oferta debe ayudar a las parejas a que se planteen los aspectos necesarios a tener en cuenta para responder a

esta pregunta: ¿por qué tú conmigo y yo contigo?; ayudarles a conocer lo que les une y lo que les separa, en qué coinciden y en qué se diferencian; sus ideales y proyectos; la idea que tienen de la vida en común, del matrimonio y de la familia; el estilo de familia que quieren formar; el proyecto futuro de vida en común que quieren llevar adelante juntos; y cuestiones comunes que puedan formular, responder y proyectar juntos de cara a su futuro como matrimonio cristiano.

Tantas veces no sabemos qué ofrecer a los jóvenes después de la Confirmación y, la mayoría de ellos, tienen pareja. ¿Por qué no ofrecerles estos grupos de reflexión sobre la realidad que están viviendo? Pero no olvidemos que tendremos que salir a buscarles a cada uno de ellos, yendo a sus casas personalmente, o a través de sus padres con los que, tal vez, tenemos un trato más asiduo; a través de los amigos, por medio de los miembros del grupo de agentes de pastoral familiar de la parroquia; de quien sea; pero busquémosles y ofrezcámosles con verdadero calor y convencimiento este proyecto de acompañamiento.

a.1.2. Acompañamiento espiritual a las parejas

Este acompañamiento espiritual debe llevarnos a ofrecer a las parejas:

- Retiros espirituales para parejas en Adviento y Cuaresma.

- Oración ante el Santísimo, especialmente preparada para ellos, una vez al trimestre.
- Ejercicios espirituales, de fin de semana, una vez al año.
- Otras acciones concretas que sean oportunas en las parroquias o arciprestazgos.

Esta oferta de acompañamiento espiritual, se la debemos hacer a todas las parejas de la parroquia, estén o no estén en grupos de amigos-novios, a las parejas de jóvenes de nuestras hermandades/cofradías, y a todos los que conozcamos, como algo valioso para la valoración y vivencia de su fe y como necesario para una pareja cristiana. Y, al igual que el grupo antes presentado, buscarlos por todos los medios: personalmente, desde las familias, desde los agentes de pastoral familiar, desde otros amigos ya iniciados, etc.

b. Matrimonios (en sus diferentes etapas)

El acompañamiento a los matrimonios constituidos por el sacramento, con su compromiso ante Dios y la comunidad cristiana, reclama una atención y un acompañamiento especiales en los primeros años de matrimonio. Estos encierran en el corazón de los nuevos esposos una cierta contradicción: por una parte, el nuevo matrimonio se siente bastante seguro, pues su relación está basada en el enamoramiento y ello les lleva a sentirse invulnerables, a

creerse autónomos y no necesitados de la ayuda de nadie. Pero, por otra parte, tienen guardado en su corazón, y constantemente late dentro de ellos, la experiencia de los fracasos matrimoniales de algunas parejas cercanas. Los nuevos esposos, teniendo en cuenta ambas cosas, pero sobre todo esta última circunstancia, y su deseo de que su compromiso sea para siempre, sienten que todo cuanto les ayude a lograr estabilidad, entendimiento, y a dar salida a los problemas que puedan ir surgiendo, les vendrá muy bien. Por eso, si en estos primeros tiempos se encuentran con propuestas que les ayuden a lograr lo que se han trazado como matrimonio, propuestas que les permitan consolidar su felicidad personal de manera que su matrimonio dure para siempre, seguro que van a aceptarlas de buen grado y se plantearán su implicación en ellas.

Pero no es menos importante también después, como un medio necesario para que vivan su realidad matrimonial desde la fe: entendimiento humano y buena convivencia, planteamiento de su fe como matrimonio, como padres y como responsables de la construcción de una familia con un talante marcadamente cristiano.

En el matrimonio es importante, cada día que pasa, seguir cuidando y cultivando su amor, su entrega mutua y su vida cristiana con verdadero empeño y esmero para lograr una familia creyente desde los valores y desde las coordenadas de la fe que ellos juntos han pensado y diseñado. Cada matrimonio debe ser muy consciente de que Dios

debe ocupar un puesto importante en sus vidas como esposos y como familia; deberán contar con Él en todo momento y ser capaces de transmitirse mutuamente la fe para hacerla crecer. Y cuando vengan los hijos, ambos y juntos, serán los transmisores de la fe a los mismos, de tal manera que entre todos, y con la presencia de Dios en sus vidas, vayan construyendo una verdadera familia cristiana.

Para ello, como medio privilegiado de acompañamiento, debemos disponer de una **escuela para matrimonios**, que deberemos poner en marcha en nuestras parroquias. En ella deben encontrar una gran ayuda para poner verdaderos cimientos a su vida matrimonial desde el primer momento, y para la que se han ido preparando, a ser posible, desde el noviazgo. Comprenderá varios medios al servicio del matrimonio y de la familia de manera que les ayude a lograr los objetivos trazados.

b.1. Medios

b.1.1. Grupos de matrimonios de reflexión y revisión

Con la participación en estos grupos, cada matrimonio irá recibiendo la ayuda necesaria para poder revisar su vida y su realidad matrimonial. Podrán compartir con otros matrimonios sus dificultades y problemas y encontrar en ellos la ayuda humana y espiritual que necesitan para seguir caminando y madurando.

Los matrimonios y familias jóvenes necesitan de una manera especial de este acompañamiento pastoral que les ayude a vivir con alegría su realidad, que les ayude a dialogar sobre sus problemas e inquietudes, a plantearse su fe personal, conyugal y familiar y, desde ella, saber vivir su matrimonio como algo siempre nuevo, superando así las dificultades que puedan obstaculizar su crecimiento, su vocación y misión.

Las parroquias promoverán y animarán la existencia y el funcionamiento de **grupos parroquiales de matrimonios de revisión, reflexión y acción** y los ofertarán a todos como un medio eficaz de ayuda: a quienes ya participaron en los grupos de novios, para que sigan cultivando lo que habían planeado en ese periodo; y a otros matrimonios que no participaron les ofertaremos la participación en estas grupos como medio eficaz con el que van a encontrar una verdadera ayuda humana y cristiana para todo lo que necesiten en el empeño de consolidar su matrimonio y su familia.

En estos grupos, los matrimonios van a encontrar:

- El camino que les ayude a hacer memoria a lo largo de toda su vida del don y la gracia recibida el día del matrimonio.
- La ayuda humana que necesitan para los primeros años de vida matrimonial y familiar, tan importante, por otra parte, para el futuro pues cuando un matrimonio pone bien firmes los ci-

mientos, tanto humanos como cristianos, esa primera experiencia va a repercutir en toda la vida.

– El aliento para lograr situarse de manera responsable y generosa ante el don de la vida, descubriendo el significado de la procreación responsable, recuperando el valor de la maternidad y paternidad, para que reaccionen con firmeza ante la mentalidad actual de retrasar la llegada del primer hijo y el modelo de familia con un solo niño.

– La oferta de las distintas formas de participación en la vida de la Iglesia, en las cuales puedan ejercer su apostolado además de en la familia, como algo que les ayudará a su desarrollo y enriquecimiento personal.

– Los apoyos necesarios para desempeñar su tarea educativa, su responsabilidad primera y principal como educadores de sus hijos, haciéndoles accesible la formación religiosa y la catequesis.

– El ánimo para la participación en las escuelas de padres, desde las que aprendan y se preparen para saber educar humana y cristianamente a sus hijos.

b.1.2. Catequesis pre-bautismales

Un momento muy importante y especial de acompañamiento a los matrimonios y a los padres es **el momento de bautizar a sus hijos, por medio de las Catequesis pre-bautismales**, realizadas individualmente y en sus propios domicilios.

La propuesta que hacíamos el curso pasado, a modo de primera experiencia, hemos podido escuchar que ha resultado muy positiva en todos cuantos la habéis seguido y hecho realidad, constatando que se vive con mucha más riqueza que como se hacían antes. Igualmente todos expresáis que el trabajo es mayor, pero que merece la pena, porque los frutos son mucho mayores, las posibilidades de formación han aumentado y la capacidad de acompañamiento de los padres, en las distintas situaciones, es mucho más clara. Por tanto, hemos de **seguir con este modelo**, ya no solo aquellos que habéis empezado y habéis recogido una buena experiencia de dicho modelo, sino **todos**. Todos en la Diócesis hemos de llevar a cabo la preparación de los padres para el bautismo de sus hijos, para acompañarlos de verdad y prepararlos para ser capaces de asumir la responsabilidad que adquieren en los compromisos bautismales.

Es verdad que algunos de vosotros, que animáis como pastores algunas parroquias más numerosas, podéis tener más dificultad para atender a todos de esta forma. Ante eso, quizá sea necesario preparar a algunos seglares que os ayuden en la tarea.

b.1.3. Escuela de formación permanente para esposos y padres

En esta Escuela de Formación se organizarán, bien desde la Diócesis (a través de la Delegación de familia y vida), o bien desde las parroquias, **charlas sobre distintos temas** relacionados con la vida

matrimonial y familiar, especialmente orientada a la convivencia con los hijos y a su educación, para que ayuden al matrimonio a ir adquiriendo una formación para mejor vivir su realidad.

La participación en ella ayudará a los padres a desempeñar su misión de transmitir la adecuada educación humana y cristiana a sus hijos, en el ámbito de la propia familia, ayudada por la escuela y por la parroquia (o la Diócesis).

La invitación a la participación en la Escuela de padres se puede hacer a los matrimonios, desde el momento en que su relación matrimonial se ve bendecida con el nacimiento del primer hijo, en el momento en el que inscriben a sus hijos a la catequesis, o en cualquier otra ocasión que se vea oportuna.

Desde la parroquia se invitará a los padres a la participación en esta escuela como algo que les ayudará a profundizar en el sentido de los sacramentos que ellos mismos han recibido y que ahora piden para sus hijos, de manera que vayan adquiriendo criterios fundamentados en lo humano y en la fe desde los que dar una educación acertada tanto humana como cristiana a los hijos.

b.1.4. Grupos de oración y espiritualidad para matrimonios

En ellos, marido y mujer, con otros matrimonios, aprenderán y se ejercitarán en la **práctica de la oración personal, conyugal y familiar**, para vivirla y

practicarla en el vivir de cada día en su propia casa y familia. En algunas ocasiones, se puede reunir a las familias completas, padres e hijos, a rezar.

En esta línea, otro medio importante de ayuda a lo que debe ser la promoción y organización, desde la Delegación de familia y vida, en coordinación con las parroquias, será la oferta de **ejercicios espirituales para matrimonios**. Pueden ser de fin de semana, una vez al año, y que ayuden a los matrimonios a leer su realidad desde el encuentro profundo con Cristo.

Otro medio será ofrecer a los matrimonios **una convivencia espiritual en tiempo de Cuaresma** en la que juntos recen y revisen su fe y la marcha de su matrimonio y familia, y lo hagan con otros matrimonios de la Diócesis con los que, compartiendo, se puedan enriquecer.

b.1.5. Acompañamiento a los abuelos, parte muy importante para la evangelización de la familia

Hoy, por desgracia, muchos de los padres que se llaman cristianos, no cumplen con la tarea importante de educar en la fe a sus hijos. Por otra parte, estamos constatando que muchos de los niños, adolescentes y jóvenes, que están iniciados en la fe y que ha recibido una educación desde la fe, la han recibido de parte de sus abuelos. Ellos han sido y son quienes, con su testimonio de palabra y obra, les enseñan a rezar de pequeños, son los que les hablan de Dios y quienes les ofrecen una cosmovisión en la que Dios

ocupa el centro y es el protagonismo principal como Creador de todo cuanto existe. Dios ha comenzado a tener una importancia y a ocupar un puesto relevante en la vida de esos niños gracias a unos abuelos que así se lo han enseñado, porque así lo creen ellos.

Debemos valorar y alabar su tarea, haciéndoles caer en la cuenta de la importancia de la misma, para que sigan desempeñándola cada día mejor. Hemos de resaltar la importancia de la educación en la fe en la familia y a que ellos vivan con gozo su transmisión a los nietos, convencidos de que lo que aprendan en la familia va a tener un peso específico para toda su vida. Su tarea es muy importante y, por lo mismo, han de intentar responder con generosidad a lo que el Señor les encomienda que, por otra parte, es algo de lo que ellos están convencidos, viven y les gustaría que sus nietos recibieran este tipo de educación cristiana. El Señor, seguro, cuenta con ellos y les compensará, la Iglesia se lo agradece, y sus nietos van a recordar, muchas veces en su vida, lo que ellos les hayan enseñado.

Para alabar, animar y acompañar a los abuelos con nuestra valoración de su tarea hemos de aprovechar todas las ocasiones que se nos presenten, desde las homilías, el trato normal con ellos, alguna celebración especial por los abuelos o alguna charla que organicemos para hablar de los abuelos y su misión en la familia como auténticos evangelizadores y transmisores de la fe a sus hijos y a sus nietos.

2. El acompañamiento a los sacerdotes

El acompañamiento a los sacerdotes, tal vez sea un tema que normalmente damos por supuesto y, sin embargo, reviste mucha más importancia de la que le damos. Se trata de un tema fundamental y así debemos vivirlo todos.

En los sacerdotes se dan situaciones de cansancio provocado por diferentes causas, de desmotivación, de soledad, de desánimo... En estas situaciones, a veces, quien lo sufre no encuentra alguien que se acerque a saber de él, a apoyarle y acompañarle. Los compañeros no podemos permitir que esto suceda. Normalmente, cuando un sacerdote se aísla, no tiene trato con los demás sacerdotes, no asiste a reuniones etc., algo grave le está pasando, y necesita que alguien se acerque a él y le acompañe en esos momentos de crisis o de problemas. Hemos de lograr acompañarnos unos a otros, por encima de nuestras diferencias. Hemos de ser capaces de evitar o superar el pesimismo estéril o la mundanidad espiritual de la que nos habla el papa Francisco en los números 81 al 100 de *Evangelii gaudium*.

Hoy, un signo testimonial, y muy importante de nuestro ministerio, es, precisamente, que nuestra gente, el pueblo que el Señor y la Iglesia nos ha encomendado, vea nuestra fraternidad sacerdotal, que no hablemos mal unos de otros, que seamos capaces de aceptarnos, de compartir alegrías y tristezas y de estar unidos, pues todos participamos de una misma y única misión, y ella debe herma-

narnos por encima de nuestras dificultades y diferencias.

Nuestra actitud ante los demás compañeros debe ser aquella que decía Évelyn, un autor del siglo pasado, que definía al pobre de espíritu como «aquel con quien todo el mundo se siente a gusto», o como dice Jesús en el evangelio «tratad a los demás, como queréis que los demás os traten a vosotros» (Lc 6, 31).

2.1. Medios

El acompañamiento entre los hermanos sacerdotes hemos de tomarlo como **tarea y preocupación de todos y cada uno**. Y, aunque dicha preocupación y tarea no sea un medio muy concreto, sí puede ser un medio muy eficaz que cada cual debe concretar luego personalmente, haciendo un compromiso de preocupación, visitas, compartir con los demás las situaciones de soledad y de dificultades para acompañarles y ofrecerles nuestro apoyo.

Además de esto sabemos que podemos disponer de otros medios cuando necesitemos compartir, dialogar y desahogarnos de nuestra vida o de una situación por la que estamos pasando:

2.1.a. *El Obispo*

Una vez más me ofrezco a acoger, escuchar y acompañar a quienes, como en el curso pasado,

quieren hablar conmigo y tienen la experiencia de que se puede hacer con toda la normalidad y tranquilidad. Mi casa quiero que siga abierta a mis sacerdotes y mi tiempo quiero que esté disponible para atenderos siempre que queráis acudir. Por eso, esta es una de mis prioridades. Tendré que quitar tiempo a otras actividades, pero no quiero quitarle tiempo a estar disponible para vosotros: acogeros, escucharos, dialogar, compartir lo que se está haciendo, como se está viviendo el trabajo pastoral, cuál es la ilusión sacerdotal, etc.

2.1.b. El Delegado Episcopal del Clero

Con esta misma finalidad, he querido crear esa nueva figura de **Delegado del Clero**. Será alguien que se preocupe de este mismo acompañamiento, estará pendiente de los que se encuentran más solos por razón de edad o enfermedad, deberá atender a quien le pueda necesitar en un momento determinado para ofertarle su ayuda y su escucha.

Os pido que utilizéis esta ayuda que os ofrezco en la figura del Delegado, sin sospechas ni reticencias, con confianza, desde el compañerismo y la fraternidad. Nunca pensemos que nuestro problema, cuando exista, es tan personal que no se lo podemos contar a alguien. Lo que nos sucede a cada uno no es solo nuestro problema, es problema que repercute en otras personas, por eso siempre es bueno compartirlo y dejarnos acompañar.

2.1.c. El Arcipreste

Es el representante del Obispo en el arciprestazgo y debe estar atento a lo que les sucede a los sacerdotes que están bajo su circunscripción, para ayudarlos y acompañarlos siempre, especialmente, cuando se pasa por momentos de crisis, de dificultad o problemas. En estas situaciones, el arcipreste debe hacerse presente, acompañarle hasta donde él pueda y comunicar al Obispo lo que le está sucediendo a ese sacerdote concreto de su arciprestazgo, para que le ayude, se acerque a él y le acompañe como padre y pastor, que no juzga, sino que camina a su lado como el Señor hizo con aquellos discípulos que iban camino de Emaús.

2.1.d. El director o acompañante espiritual

Con el Delegado del Clero y el Arcipreste tenemos otro medio de acompañamiento del que ya tenemos sobrada experiencia: **el director o acompañante espiritual**, en el que tantas veces hemos encontrado ayuda a unos niveles mucho más profundos y personales. Nos ha ayudado a crecer espiritualmente, a superar momentos de dificultad y a madurar como cristianos y como sacerdotes.

Es fundamental que no descuidemos este medio que el Señor pone en nuestro camino y que tanto nos puede ayudar: desde la confesión, la comunicación de mis sentimientos más secretos, el compartir de cuanto me preocupa (dudas, alegrías y tristezas, avances y parones en mi vida creyente y sacerdo-

tal); y que siempre me va a ayudar si de verdad, me deajo ayudar.

Necesitamos acompañar y ser acompañados en todos los sentidos. Tenemos unos medios bien concretos, bien cercanos, bien aprovechables y bien a la mano de todos. Démosles toda la importancia que tienen tanto para dejarnos acompañar, como para acompañar nosotros a otros.

3. El acompañamiento a jóvenes

a. El acompañamiento personal y espiritual para su maduración humana y creyente

El acompañamiento a los jóvenes es particularmente necesario para ayudarlos a madurar como personas y encontrar verdadero sentido a su vida; a plantearse su vocación cristiana con seriedad y exigencia; a encontrarse con Jesucristo; a hacerse un planteamiento vocacional, desde sus cualidades y desde lo que Dios les puede estar pidiendo; a plantearse si su vocación es la vida religiosa o sacerdotal o es el matrimonio, y responder positivamente el camino que Dios les llame.

Si alguien necesita de verdad un **acompañamiento cercano** del sacerdote para madurar como personas y como creyentes, ese es el joven de hoy. Por eso, es necesario que iniciemos desde las parroquias este acompañamiento a los jóvenes y nos impliquemos cuanto podamos. Este acompañamiento inicial nos puede ayudar a preparar el camino para que, terminado el Sínodo sobre los jóvenes, y si el Santo Padre al final del mismo saca un documento sobre este acompañamiento a jóvenes, como es costumbre, podamos acogerlo y encuentre un camino trabajado para seguir sus sugerencias. Ya el documento preparatorio nos dice que «la Iglesia ha decidido interrogarse sobre cómo acompañar a los jóvenes para que reconozcan y acojan la llamada al amor y a la vida en plenitud».

La **pastoral juvenil parroquial**, sin olvidar a los que forman parte de cofradías y hermandades, es una tarea pastoral de urgente necesidad. Por otra parte, es un sector de evangelización en el que los sacerdotes a veces encontramos muchas dificultades para iniciar dicho acompañamiento. Por eso necesitamos que, desde la Delegación de Pastoral con jóvenes, se busque cómo ayudar a los sacerdotes y a las parroquias en este tipo de acompañamiento humano, espiritual y de crecimiento en la fe de los jóvenes, ya sea a través de materiales, recursos o plataformas a crear en la Diócesis para que, desde las parroquias, se trabaje este tema tan importante de ayuda a los jóvenes para que maduren como personas y como creyentes.

a.1. Medios

– Búsqueda de nuevos métodos, itinerarios, recursos de pastoral que respondan a las necesidades de los jóvenes de hoy. Habrá que superar la catequesis de mantenimiento que no mueve los corazones y buscar cauces de misión y evangelización que despierten en ellos el entusiasmo por Cristo: ya sea para los que están dentro (etapa catequética o pastoral con nuevos métodos de crecimiento) como los que están fuera (misión con métodos de primer anuncio).

– En esta línea, quizá, se pueda promover un trabajo diocesano en red donde las parroquias compartan materiales, medios que están trabajando y que puedan ser de provecho de unos para otros.

– Conexión de la pastoral diocesana y la parroquial. Que los encuentros diocesanos apunten a las parroquias y refuercen el lugar de los jóvenes en las mismas.

– Continuar con la iniciada escuela diocesana de acompañantes para agentes de pastoral juvenil.

b. El acompañamiento a los jóvenes en su discernimiento vocacional

El acompañamiento de los jóvenes en el discernimiento vocacional es especialmente necesario y urgente. Hemos de ser conscientes de que no hay nada en el ambiente en el que ellos se mueven que les ayude a hacer un planteamiento vocacional serio. Más bien se promueve un dejar pasar la vida y que la vida o la sociedad, sin ellos darse cuenta, decida por ellos, pero sin ningún planteamiento serio.

Tenemos una tarea muy importante con ellos: ayudarles a que descubran cuál es el camino por el que Dios les puede llamar, qué hacer con su vida, desde qué criterios y valores planteárselo y lo que están dispuestos a responder.

El curso pasado ya tratamos de dar nuevo impulso y acompañamiento a las vocaciones y en especial a las vocaciones sacerdotales. Cada uno sabe lo que ha trabajado para cumplir este objetivo, pero el resultado y la situación que vamos teniendo es que el Seminario Menor se mantiene con

muy poca gente, cada vez menos; y el Seminario Mayor tendrá el próximo curso tres seminaristas menos que el curso presente: dos que han interrumpido para madurar su vocación desde fuera del mismo y uno que termina su recorrido en el Seminario, y que será ordenado diácono y, a su tiempo, sacerdote.

No es que vayamos a poner todo el peso y la responsabilidad de la situación solo en nosotros, pero sí tenemos que asumir nuestra parte de compromiso en el hecho de que el Seminario Mayor ha decrecido notablemente en los últimos años, y el Seminario Menor esté en una situación casi límite.

Desde esta situación, sin derrotismos sino con ilusión, sin desesperación sino con esperanza, hemos de **poner todo lo que esté de nuestra parte y en nuestras manos para la promoción de vocaciones sacerdotales**, para que no falten a nuestras comunidades, sacerdotes que las animen y las presidan en la caridad.

b.1. Medios

Para lograrlo tendremos que seguir poniendo por nuestra parte algunos medios que son necesarios como:

– **Oración por las vocaciones sacerdotales en las parroquias** para que, además de rezar y pedir el Señor que envíe obreros a su mies, nuestras comunidades parroquiales tomen conciencia de la

situación de falta de vocaciones y, así, animen a adolescentes y jóvenes a plantearse su vocación.

– Animar a **padres con hijos en edad escolar**, para que lleven sus hijos al Seminario como centro de formación integral.

– Trabajo de animación con los **monaguillos**.

– Estar atentos a algunos **jóvenes de nuestras parroquias**, que practican, a los cuales podemos **plantear abiertamente** y hacerles la propuesta vocacional al sacerdocio.

– Otros medios que se nos ocurran a cada uno de nosotros y que podamos llevar a cabo en nuestras parroquias.

– Por parte de la Delegación de Pastoral Vocacional, sería bueno que elaborasen una oración que se pudiera rezar en las Eucaristías de los domingos en todas las parroquias.

– Crear una cadena de oración de gente que esté dispuesta a rezar por las vocaciones al sacerdocio. Para esto, la Delegación enviará cada mes una hoja que sirva de instrumento para hacer esta oración.

– Teniendo mensualmente un rato de oración presidido por el obispo, cada mes en un arceprestazgo, sobre el sacerdocio y las vocaciones sacerdotales.

– Continuar con los encuentros «Día del monaguillo» u otros encuentros vocacionales que desde la Delegación y el Seminario se planteen.

Conclusión

La evangelización misionera de acompañamiento a las personas y a los creyentes, para que avancen en su maduración humana y en su crecimiento en la fe, es una tarea fascinante e ilusionante, desde lo mucho que podemos ayudar a los demás cumpliendo precisamente nuestra misión.

Los campos y sectores que hemos tomado como prioritarios, tanto los iniciados ya el curso pasado, como aquellos otros que presentamos como nuevos retos para el presente curso, son, todos ellos, urgentes. Nos tocan la vena de lo esencial y, por lo mismo, tendremos que tomarlo todos y cada uno de los agentes de la evangelización hoy, como **retos** a los que no podemos renunciar o pasar de largo, sino poner todo nuestro esfuerzo, apoyándonos unos a otros desde los arciprestazgos, superando “parroquialismos”, pero, al mismo tiempo, tratando de hacerlos realidad desde nuestras parroquias.

Para llevarlos adelante es imprescindible la **ilusión** y el **celo pastoral**, la **entrega** plena de nuestro tiempo a la tarea evangelizadora, y no luchar como francotiradores, sino rodearnos de seglares que acompañen a otros, que tengan cancha suficiente para dar lo mucho que tienen y pueden, y que, juntos, vayamos haciendo camino en esta tarea de evangelizar desde la misión al hombre ac-

tual, que tanta necesidad tiene de Dios, aunque no se dé cuenta.

Feliz trabajo, mis mejores deseos y mi bendición para todos.

+ Gerardo
† Gerardo Melgar Viciosa
Obispo Prior de Ciudad Real



Diócesis
ciudad real

Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Lucas 24, 32-35